

delitos de vnos Juuos, à quienes castigò severísimamente, segun la enormidad del crimen, en la forma que ya referio. Vn Ruslico de aquellos, en quienes se suelen competir de poder à poder lo barbaro de la ignorancia, y lo fiero de la malicia; sabiendo, que ciertos Judios avian prometido buena cantidad de dineros, à quien pudiesse en sus manos el Santísimo Sacramento del Altar: tomò la horrenda determinacion de quebrantar vn Sagraio, y llevarse del Vaso, donde se guardaba el Sacramento, nueve Formas Consagradas; que à la fazon no debía de tener mas. Guardòlas en vn lienço, en el qual atadas con toda cautela, se las entregò à los Hebreos, executandoles por la paga, y renovando con esta venta finezas del amor de Christo, y alevosias infames del Discipulo traydor.

Los Judios luego que tuvieron en su poder tan à poca costa el Tesoro inestimable de los Cielos; empezaron à executar vltages en las Formas Consagradas. Embueltas, como estaban, en el lienço, las arrojaron al suelo, y tomando en las manos vnas varas, como de vimbres, repassaban crueldades antiguas de sus Mayores, azotando con formidable corage à Christo Sacramentado; sin olvidar, que heredaron de sus Padres, con la raza de Judios, el oficio de Verdugos. Entre los golpes de la varas resonaban sin orden, y con horror los azotes de las lenguas, tirando estas à enfangrentarse, mas que en las espaldas de la Humanidad de Christo, en el mismo rostro de su Divinidad: puesto que facudian en cada golpe de los vimbres, vna blasfemia de sus lenguas, diciendo por mofa, y con irri-fion: *Este, este Dios, que no sabe librase de los azotes, es el Dios de los Christia-*

nos.

Mas porque viesse aquellos infames, que el sujetarse Christo à sus vltages, no era falta de poder, sino sobra, y exceso de amor; hizo delante de sus ojos el estupendo prodigio de que las Sagradas Formas, heridas con los azotes, derramasen abundante copia de sangre. A esta, de que debiera servirse su ceguedad para colirio, pues à este fin la derramaba Christo: hizo servir su protervidad de nuevo fomento à la perfidia: pues irritados como fieras con la sangre prolongaron su iniquidad, multiplicando los azotes sobre Christo Sacramentado, con que levantaron hasta los Cielos la fabrica de sus delitos. Llegaron estos à los oidos del Santo Inquisidor Capistrano, y escandescido de tan barbaro sacrilegio, mandò poner à los delinquentes en rigurosas prisiones, y diò calor con ardentísimo zelo à la justificacion del proceso para la sentencia.

Mientras se procedia en la causa, llegó al Santo vna muger Hebraea, nuevamente convertida, y denunciò ante el à otros Judios, diciendo, aver estos arrojado à las llamas por tres vezes vna Hostia Consagrada, y que siempre las llamas reverentes à su Criador, le fabricaron de sí mismas Trono, y Custodia. Que motivada de este prodigio otra Judia anciana aclamò à Christo por Dios verdadero, y Messias prometido en la Ley, y los Profetas. Que indignados por esta confesion la quitaron la vida, y la enterraron con ignominia en vno de los ocultos angulos de la casa. Y finalmente, que aviendo hurtado vn niño à sus Padres, despues de averle crucificado, repartieron la sangre entre las Synagogas vecinas, y escondieron el cuerpecito en lugar apreciable.

Hecha la averiguacion de todo, y

con.

CAPITULO XLIV.

*SOLICITA S. VV ANDE CAPISTRANO con nuevo empeño el congreso con los He-
veges de Praga: T llamado del Emperador
dexa à Bohemia, para asistir à la
Dieta general de Franc-
fordia.*

Aunque tenia Capistrano em-
pleados todos los brazos de su
justicia en el castigo de los Hebreos,
no por esto apartaba su coraçon de la
reduccion de los Cismáticos, que se
hazian fuertes en Praga: cuya obstina-
da dureza fuè la piedra-toque de las
finezas de su zelo. Alentado aora nue-
vamente con los favores de Ladislao,
le remitiò, y dedicò vn erudito Tra-
tado escrito contra los errores de los
Husitas: y le supplicaba, que viandò
de su Real autoridad mandasse, fuesse
leido publicamente en todos sus Do-
minios. Al mismo tiempo se quere-
llaba de los Consejeros del Reyno,
aculandoles de averle impedido con
obstinada pertinacia la entrada en la
Corte, siendo como era, Comissario
de la Santa Sede Apostolica, Inquisi-
dor de la Heretica pravidad, y publi-
co Ministro, y Predicador del Evan-
gelio.

Intentò Ladislao poner en exe-
cucion los designios del Siervo de
Dios: porque le agradaban las verda-
des de su doctrina, tanto como le
desagradaban los errores, y falacias
de Roquesana. Pero este mancomu-
nado con Podiebrato (que por los
cortos años, y experiencias del Rey,
corria con el manejo de todo el Rey-
no) pudo persuadirle con sus astucias
respondiesse à Capistrano; que el me-
dio de reducir à Roquesana, y los su-
yos, era templar las actividades del
zelo, con que predicaba contra sus
Dogmas; porque exasperados de sus

K 2

pa:

*Vvading.
ad ann.
1452.n.
264*

concluidos, y calificados los proces-
fos, pronunciò Capistrano la senten-
cias en virtud de la qual, el Ruslico,
que vendiò las nueve Formas consa-
gradas, y quarenta y vno de los Ju-
dios complices en los delitos expres-
ados, fueron quemados vivos. Para
mayor escarmiento, y precaucion de
semejantes maldades, negociò el
Santo con Ladislao, Rey de Bohe-
mia, que desterrasse de sus Dominios
à todos los Hebreos, reteniendo con-
tra la voluntad de ellos à sus hijos in-
fantes, menores de siete años, para
darles el Santo Bantifinio, con las pre-
caciones necessarias. Practicò el
Doctísimò Padre la sentencia de su
Maestro Sutil, no obstante la impug-
nacion de las Escuelas contrarias; por-
que hizo juicio, concurrían en esta
ocasion todas las cautelas, que pre-
viene el peligro de la subversion, y
muerte de los Infantes. Si bien yo me
persuado mas à que en materia tan
ardua se governò por el Instinto del
Espiritu Santo, antes que por los dic-
támenes, aunque solidos; y fundados
del humano juicio. En medio de esto,
para que su resolucion no se glossasse
à temeridad arrebarada, escribió so-
bre esta materia vn erudito Tratado,
que sirviò de Apologia, y le remitiò
al mismo Rey Ladislao. Recibiòle con
notables demostraciones de venera-
cion, y benevolencia; como el que
avia tocado por sus ojos con repeti-
das experiencias las grandes virtu-
des, estupendos prodigios, y emi-
nente sabiduria del bendito
Inquisidor.

* * *
* * *
* * *

Parte V.

palabras, endurecia, antes que ablandaba sus coraçones: y que le avian dado buenas esperanças de sujetarse en todo à la determinacion de la Santa Iglesia Romana, como el cessasse en el empeño de predicar contra sus doctrinas. No es ponderable el vehemente dolor, que penetrò las medulas del espíritu de Capistrano, viendo que la astucia de los Hereges así se burlaba de la piedad de tan Christiano Principe; à quien sobra de de Paloma todo lo que le faltaba de Serpiente, para entender las astutas rebueltas de aquellos Lobos.

Forcejando estaba el Santo con la fuerza de este dolor, para componerse con la resignacion, sin rendirse à la desconfiança; quando le llegó vn Correo del Emperador Federico, llamandole à la Dieta, que se avia de celebrar en Francfortia, para conferir en ella el modo mas oportuno de oponerse à las violentas invasiones del Turco; que orgulloso con la toma de Constantinopla, Metropoli, y Cabeza del Imperio del Oriente, tenia en grande consternacion à toda la Christianidad. Al mismo fin de que el Siervo de Dios concurriese à la Dieta, le escribió vna breve Carta Eneas Silvio (à la fazon Obispo de Sena, y despues Summo Pontifice con el nombre de Pio II.) en la qual le dà à entender la importancia de su asistencia en la Dieta. Es la Carta del tenor siguiente: y notense las palabras, porque à su tiempo las avrèmos menester.

Al Reverendo Padre Fray Juan de Capistrano, nuestro Amigo Caríssimo, y digno de todo honor, &c.
Reverendo Padre, y Optimo Maestro... En otra ocasion os hablaré de otros negocios: aora solo deseo, os persuadais, à lo que digo. No ignorais el golpe tan fatal, con que en este nuestro tiempo en la Grecia

ha sido herida la Christianidad. Hase de celebrar Dieta en la Ciudad de Francfortia el dia de la Fiesta de San Miguel. Allí está convocada toda Alemania, para tratar los medios oportunos à la defensa de nuestra Fè, y vengar las injurias del Salvador. Yo deseo en gran manera os halleis presente, para que con la valentia de vuestro decir exciteis los animos de los tibios. Pensar entrar en Praga, es soñar; y sabed os informan mal, los que os persuaden otra cosa. Vuestra presencia será vil en Francfortia mas, de lo que se puede dezir. Ni os aconsejaré por ningun caso el destino de la Hungria, para predicar la Cruz de Christo contra los Turcos; porque los Hungaros no tomaràn la resolucion de oponerles, hasta que entiendan tendrà el auxilio, y favor de los demás Christianos. Por esto principalissimamente se debe insistir en el buen exito de la Dieta de Francfortia. Todo lo qual juzgo, se ha de conseguir con vuestra asistencia. Yo tambien, si no me engaño, he de concurrir en nombre del Cesar, si es que persevera en su intento. Si allí os hallasse, hablaré de todo mas largamente. Vale in Christo, &c.

Con este motivo algó Capistrano la mano de la reduccion de Roquesana, y sus Fautores; venerando los ocultos juicios de la Sabiduria de Dios, Santo, y Amable hasta en la permisíon, con que dexa à los obstinados en las manos de su consejo, para que, ò se conviertan al bien, à que les llama, y excita la gracia con el toque de los Divinos auxilios; ò se despeñen en el mal, segun su libre voluntad, y la dureza de su malicia. Dexò, pues, el Santo à Bohemia, saliendo de la Ciudad de Olmu-

Olmucio, donde se hallaba predicando; y à largas jornadas, entrò en Francfortia con univèrsal regozijo de todos los Principes, convocados à la Dieta. Lo que hizo en ella, y despues de ella; para alentar, y promover la liga de las Armas Catholicas contra los Turcos; lo dice el mismo Santo en varias, y repetidas Cartas, que escribió, así al Summo Pontifice, como à otros Principes de la Europa. De estas Cartas pondré aquí vna, u otra fielmente traducida: tanto para que por el dicho del mismo Siervo de Dios conste la verdad, quanto para que se vea la sagacidad discreta, con que sabia vnir en hermoso maridage las maximas de lo Christiano con los ditamenes de lo Politico.

CAPITULO XLV.

CARTA DE S. JUAN DE CAPISTRANO

al Summo Pontifice Nicolao

Quinto.

Voaing.
ad ann.
1454. n.
14.

Beatissimo Padre: La triste, y lamentable desolacion de la Ciudad de Constantinopla, y devastacion de la Racia; estoy cierto ha llegado ya por otra parte à los oidos de V. Santidad: por esto aora no la repito, y solo convierto la pluma à las novedades, de que no tiene especiales noticias. Luego al punto, Beatissimo Padre, que supè como aquel inhumano enemigo de Christo Mahomet se entrò à facea de armas, y con muchas hostilidades, por casi todo el Reyno del Despotato; y amenazaba contra los Hungaros lo mismo: determinè (aunque me hallaba muy distante) asistir con mi presencia à la Dieta de Francfortia. Y dexando à Olmucio, Ciudad de la Provincia de Moravia, donde actualmente me hallaba predicando; no parè vn punto, hasta llegar aquí; aviendo caminado el primer dia de Parte V.

mi viage nueve leguas Alemanas, ò como otros hablan, Theutonicas.

En la Dieta encontrè al Orador del Cesar, el Reverendissimo Señor Obispo de Sena, que ciertamente se portò tan solícito, tan prudente, tan sobrexcedido à si mismo, así en su admirable, y copiosissima eloquencia, como en sus acertadas maximas; que llenò à satisfaccion los oidos de todos. Y aviendo me informado de él, están estos Principes de Alemania no solo tibios, sino aun elados para la empresa: empecè à clamar con mis sermones en lo oculto, y en lo publico. Todos los dias me estrechaba con los Principes à conferencias, defendiendo con todo empeño à fuerza de razones (como era debido) el honor de V. Santidad, segun la pequenez de mi pobre entendimiento. Porque algunos avia, que calumniaban agriamente la dilacion del arribo del Legado de V. Beatitud; y reforçaron su calumnia, al ver que el Legado no era Cardenal, sino solo Obispo. Pero por la gracia de Dios, así antes, como despues de su llegada, de tal suerte se satisfizo à las calumnias de los tales murmuradores, que leyendo yo al Pueblo los traslados (porque no he podido conseguir los originales) de las Bulas de Cruzada, todos han engrandecido con summas alabanças el singular cuidado, sollicitud, y provi-dencia de V. Santidad: No digo estas cosas, Beatissimo Padre, con intento, de que se juzgue de mi, aver obrado en ello alguna cosa grande (porque verdaderamente soy nada) sino para que tenga entendido V. Santidad la continua fidelidad, que le professo; y que di de mano à los demás negocios, por entregarme todo, aunque tan inutil, à la desolacion de tantos enemigos de Christo; y à la defensa de nuestra Fè.

Y ello es cierto, Beatissimo Padre,

que se deben omitir todas las demás cosas, insinuando voicamente, en hazer frente à este potentísimo enemigo, que ha firmado con juramento borrar, lo mas presto que pueda, el nombre del Christianismo. Y aunque à muchos ha parecido, averse concluido, y resuelto en esta Dieta grandes cosas, à mi me parece se ha hecho poco mas que nada: porque dexando, señalada, tercera Dieta (ruego à V. Santidad lo note) en Ciudad Nueva el día de la Purificacion de la Virgen: es consecuencia precisa (como los mismos Principes de Alemania me lo han contestado) no poder ayudar à los Hungaros con socorros algunos antes del proximo mes de Agosto; con que podrán los Turcos tomar, ò expugnar à Hungria, primero que se junte en el Imperio el Exercito de los Alemanes. Pues entretanto, que harán los Hungaros? Por ventura se ha de aguardar, à que se sujeten al Turco, para entrar despues en pactos?

Muchos dicen muchas cosas; pero la verdad es, que en estos días los Oradores Hungaros me han hecho patente repetidas vezes su coraçon, queixandose con estas palabras: *Nos hemos contentado, à mas no poder, con lo que nos han querido dar: pero lo cierto es, que esperabamos de Alemania un socorro, à lo menos, de setenta mil hombres arreglados.* Si por la remision, y tibieza en prevenir este socorro, llegassen à estado las cosas, de capitular entre los Hungaros, y Turcos pazes, ò treguas: Ay de ti, Italia! Ay de ti, ò Roma! Y aunque es así verdad, que los Oradores de Hungria prometen aqui no passar en alguna manera à nueva tregua con el Turco: pero à mi en particular han declarado, estaran à su palabra, con tal, que el socorro sea competente, y puntual. Es necesario, pues, Beatissimo Padre, si V. San-

tidad no quiere la guerra de puertadas adentro de Italia; y si desea defender el Pueblo Christiano; que esta Dieta, assignada en Ciudad Nueva, se abrevie, de fuerte, que à los primeros del Mayo proximo, à lo mas largo, esten incorporadas las Tropas Alemanas, con las Hungaras.

Demàs de esto, sospechan los Principes del Imperio, que V. Santidad està poco fervoroso en esta expedicion contra el Turco; fundando su sospecha principalmente en que V. Santidad no se dexò ver del Reverendissimo Señor Obispo de Papia (quien segun yà dixè perorò con excelencia entre los Principes, y se ha portado bien en su conducta) como si V. Santidad le embiassè à la Dieta à cosa de poca importancia, ò solo de cumplimiento, y no mas que para escusar la nota. Y sobre todo, el mayor fundamento de su rezelo es, que la Italia, ni por Mar, ni por Tierra previene algun Exercito: de donde temen no lucedá, que despues de arreglar sus Tropas los Alemanes, se hallen burlados de los Italianos.

En fin, ello es cierto, que està amenazando vn general infortunio à todo el Pueblo Christiano, de quien V. Santidad es Padre, y Principe; que de todos nosotros ha de dar cuenta à Dios. Yo, aunque consumido de mi mucha ancianidad, è incapaz de ayudar à esta Conducta con teloros de oro, y plata, he determinado exponer mi vida, à lo menos, y derramar la sangre de mis venas por la exaltacion del Nombre de Christo, por la conservacion de la Fè, y por el honor de V. Santidad. Y mañana, saliendo de aqui, he de partirme (siendo Dios mi Guia) à la presencia del Serenissimo Emperador, para procurar, en quanto pueda, despertarle, moverle, y estimularle; pues sin alguna duda será bien visto, que esta dilatadissima

Na-

Nacion Alemana en Campaña vn Exercito, auu mayor que de doze mil Cavallos, y treinta mil Infantes, para la expedicion presente. Despues de esto, pienso encaminarme à Hungria, donde con repetidas instancias me llaman el Rey, el Consejo, y los Principes Hungaros, à quienes, à lo menos, si puedo, los retraerè de hazer intempestivas pazes con el Turco. Y si yo tuviera en mi poder Bula plomada de la Cruzada, ò alguna Instrucion por otra parte, del beneplacito de V. Santidad, acerca de esta materia; pudiera ser, que con la gracia de Dios, a vn bien grande se añadiera otro mas grande: pero en todas estas cosas se cumpla la voluntad Divina.

Por ultimo, al cuidado de V. Santidad queda el consolar à los Hungaros, así con Oraciones, como por Letras; el amonestar, y persuadir à todos los Principes, y Comunidades de Alemania, la folicitud para esta expedicion; y el dar calor en sus determinaciones al Serenissimo Emperador, por medio de juiciosos Legados, y frequentissimas exortaciones. Porque, Beatissimo Padre, todos los Principes, todos los Señores, todo el mundo generalmente, dize: Con que animo resolveremos exponer contra los Turcos nuestros propios sudores, nuestros propios bienes, el pan de nuestros hijos; quando sabemos, que el Summo Pontifice consume en piedras, y cal, para hermosear sus torres, y dar mas cuerpo à sus muros, el tesoro de San Pedro, que no se debiera expender en cosa alguna, sino en la defensa de nuestra Santa Fè? Pero lo que yo he respondido, así publica, como privadamente à este Dictorio, Dios, y mi Alma lo saben: Si bien es verdad, que sobre este assunto ninguna excusacion admiten. Todas estas cosas he

querido significar à V. Santidad, así para descargo de mi conciencia, como para que V. Santidad, informado de lo cierto, pueda con seria reflexion, mirar por su honor, y ocurrir con oportuna providencia à las calamidades de su Pueblo, y à tan grandes necesidades. Nuevamente vuelvo à rendirme à los santos pies de V. Beatitud humildissimamente. Christo Jesus se digne de guardar à V. Beatitud por dilatados siglos, para la exaltacion, y proteccion de su Iglesia Santa. En Francfordia à veinte y ocho de Octubre de mil quatrocientos y cinquenta y quatro.

CAPITULO XLVI.

DE OTRA CARTA DE SAN JUAN de Capistrano al Duque de Borgoña, en que con alentado espíritu le anima, à perseverar en la resolución de tomar las armas contra los Turcos.

Antes de la Dieta de Francfordia, se avia celebrado otra en Ratisbona, à la qual asistió personalmente Phelipe Duque de Borgoña, y Conde de Flandes. Perorò este Principe en ella con tan zeloso, y resuelto ardimiento, en orden à la liga con los Hungaros, para oponerle à las invasiones del Turco; que estando todos los demás Principes frios, y desmayados; el solo bastò para promoverlos, y alentarlos por entonces. Pero como es pensión de la fragilidad humana la inconstancia en sus empeños; y mucho mas en aquellos, que traxen consigo el rompimiento de dificultades arduas para llegar à su fin: bolvieron à caerle de animo, persuadidos, à que aun las fuerzas de todos vnidas no eran bastantes à refrenar el orgullo insolente del Turco; que con vn grueso de mas de quatrocientos mil

mil Barbaros se hazia formidable, y amenazaba à toda la Christianidad el vltimo exterminio. Meditò Capistrano con alta comprehension las fatales consecuencias de tan cobarde desaliento; y porque al exemplo de los demás Principes no desmayasse el de Borgoña, en cuyo corazon vnica-mente ardian aleatadas las llamas del zelo Catholico; le escrivìo la Carta siguiente, digna por cierto de las valentias de su Christiana animosidad, y generoso espíritu.

CARTA DE SAN JUAN DE
Capistrano.

AL ILVSTRISSIMO PRINCIPE,
Señor Philipo, Duque de Borgoña, de
Brabancia, y de Limburgo: Conde de
Flandes, de Artesia, de Hannonia, de
Holanda, y de Namur: Señor nuestro:
dignissimo de toda honra.

Ilustrissimo, y Excelentissimo Principe: Aunque desde aquellos tiempos, que el Papa Eugenio de santa memoria me embió por su Legado à la presencia de V. Alteza, conocí mas que sobradamente su ferventissimo, y animoso valor, para la defensa de la Fè Catholica: todavia en estos casi quatro años, que por toda Alemania he andado desparramando las corrientes del Sagrado Evangelio, penetrè aun mas profundamente su valerosa constancia: lo vno, porque así por Letras, como por sus Oradores, ha promovido V. Alteza, y excitado muchas vezes à la Cefarea Magestad, y à todos los Principes del Imperio; y en cierta manera, arrimandoles las espuelas, los impeliò à la resolution de hazer frente à los enemigos de Christo. Lo otro, porque asistiò personalmente à la Dieta de Ratisbona, como singular escudo de la Religion Christiana, y Caudillo, que

enarbola la Vandra de la salud pública de los Fieles. Y finalmente, porque està resuelto, y continuamente se combida à salir en persona; y con todo su poder à la Campaña; sin temer los gastos, y despreciando la funesta imagen de trabajos, y peligros; para extinguir, y suprimir del todo el rabioso coragè de los Paganos.

Por cierto, que es este vno de los grandes elogios de V. Alteza: este es vn generoso zelo de Fè Ortodoxa; y en fin, vna soberana gloria, dignissima de salir à luz, celebrandola publicamente. Mas ay dolor! que es ninguno, ò son muy pocos, los que yo veo corresponder à vuestros santos deseos, ocupando sus pensamientos, como debieran, en dilcurrir los medios de oponerse à este cruelissimo enemigo de los Christianos: ni poner el ombro para el mas minimo reparo de vn peligro, que amenaza tan de cerca à toda la Christianidad. Todos, buscando sus conveniencias; y no la gloria de Jesu Christo, palian su tibieza con frivolas excusas, ò à cara descubierta dizen, no poder contribuir con fuerza alguno, para la liga. Yo me puse en camino, desde las remotissimas Regiones de Polonia, y de Moravia, con las esperanças de hallar en la Dieta à V. Alteza; y despues de aver entendido las razones, que han retardado su venida, las admito, y las desiendo, no sin gran justificacion; quando à la verdad hasta este punto no se halla, que V. Alteza omitiese cosa alguna conducente à la conclusion de tan santa, y oportunnissima empresa.

Pero de la Dieta (aunque es cierto, que todavia no ha tenido principio) espero muy poco, ò nada: por cuya razon en V. Alteza, despues de Dios, està fixa, y colocada toda la esperanza mia. Bien se, que de ninguna manera necessita V. Alteza mis persuasio-

iones, para hazerse mas propenso, y animoso en la proteccion, y defensa de la Fè Christiana; como quien solo es el que con maravillosas industrias, y exemplos ha alenrado, y alienra cada dia à los otros. Mas para que alli no tema V. Alteza donde (siendonos Christo propicio) se debe dár de mano à qualquier temor: le ruego, que quando los demás están entregados al sueño de vna perezoza floxedad; V. Alteza solo vele sobre las Ovejas de Christo. Reuidamente le suplico, que la negligencia de los demás Principes no desaliente el valor de su pecho: sino que antes V. Alteza solo, fixando en el Señor la confiança; con su potentissimo brazo; con su audacissima animosidad, acometa al cruelissimo enemigo de Christo Jesus; porque à V. Alteza (bien puede entenderlo así) està reservada esta victoria, y esta gloria, digna de quedar escrita en la memoria de todos los siglos.

A V. Alteza, finalmente, reservò la Divina Providencia hasta los presentes infelizes tiempos, para que teja Coronas à sus sienas con el triunfo de este voraz enemigo de los Christianos; y ponga en libertad feliz millares de millares de Almas, que perecen entre las fauces de Sathanas. Poderoso es Dios, para abrir camino al empeño por entre las arduas montañas de las mayores dificultades; y para hazer sacudir el sueño de los ojos à los Christianos Principes dormidos: los quales, sin duda alguna, al ver en el brazo de V. Alteza el azero desnudo, y vibrado contra los Turcos, se han de resolver à seguir las huellas de su exemplo; ya que no sea por el fervor de la Fè, à lo menos por evitar su confusion, y la censura del mundo.

Ea, pues, Christianissimo Principe, levante V. Alteza esforçada-

mente, y dexé formado à los mortales, no solo con las palabras, sino con las obras, el vivo exemplo de vn animo heroyco, para ser tenido en reputacion de Caudillo de nuestra libertad. Advertid, Señor, que essa venerabilissima Serpiente, el Emperador de los Turcos, con quatrocientos mil Barbaros se entrò erguida la cerviz por las tierras de la Rascia; con el designio de extinguir de vna vez el nombre de la Christiana Religion. Hazedle frente, Catholico Principe; y pongafse V. Alteza sin dilacion al lado de los Hangaros, para evitar su peligro; sin olvidar, que ellos en los passados años derramaron su fangre por defender la nuestra. Prevenga V. Alteza no suceda, que si los Barbaros dominan aquel Imperio, passen à poner debaxo de sus pies (siendo los ojos de V. Alteza testigos) todo lo restante de la Christianidad: no sea que llore mas lamentablemente la calamidad comun, y que tenga que hazer la oposicion al Turco; para su defensa, dentro de los angulos de su misma casa.

O Cielos, dad oidos à estos gritos de mi dolor! Preste atencion la tierra à las sentidas quejas, que mis labias pronuncian! Christo Jesus, proveado à ira con la grandeza de los pecados de su Pueblo vibrò la espada de su Justicia; tendiò, y assestò su arco, y le dexò preparado, para disparar en él flechas penetrantes de muerte, saetas encendidas de fuegos; si los Principes Christianos no desarman antes este furor, sacudiendo el sueño de sus ojos, y tomando las armas en las manos; para dár testimonio, de no estar olvidados del Dios, y Criador suyo. Vengarme de mis enemigos, con mis enemigos, dize el Señor. Y en otra parte su Escritura: Fue excitado el Señor, como el que duerme; como el Poderoso embriagado del vino. O Señor, perdona à tu Pue-

Pueblo, perdonale; y no permitas à tu heredad el oprobio, de gemir debaxo del yugo de tyrano Imperio. Alexese tu furor de nosotros, y haz prospera la Conducta de tu fidelissimo Siervo, Principe de tu Pueblo, el Duque de Borgoña. Sea tu mano con él; y concedele feliz, y glorioso triunfo de Tyrano tan cruel, y Barbaro. Buelve otra vez à encender las llamas de su valor ardiente, para que su potentissimo brazo salga al encuentro en nuestro favor, y no acontezca, que hechos despojo del Turco, seamos precisados à estar de asiento en las sombras fatales de la muerte.

Pero que os molesto multiplicando palabras, Illustrissimo Principe? Toda la salvacion, y defensa de la Religion Christiana, despues de Dios, està pendiente de V. Alteza. Todos tienen puestos en V. Alteza los ojos de su esperanza; y los que aora sienten sobre si el golpe mortal de los Barbaros de V. Alteza sola esperan el auxilio sin alguna duda. En la presente ocasion V. Alteza, solamente se ha levantado con el glorioso renombre de Christianissimo: procure, pues, que no salga salido el juicio de tanta expectacion. Y que cosa podrà ser à Dios más accepta, y à V. Alteza más saludable, que librar à los Fieles de vna opresion tan perfida, y ser causa de que por su auxilio escape de los fauces de Satanàs tan immensa multitud de Almas, à las quales redimiò nuestro Salvador, no con la sangre de Hircos, ò Beceros, sino con la suya preciosissima, y con la afrentosa muerte de Cruz? Esta serà la saludable semilla del tesoro de V. Alteza, que sembrará en los Cielos; que fructificará immensamente; que se guardará por eternidades; y que finalmente labrará Corona immortal entre los Celestiales Equadrones de los Angeles, y Santos. Esta serà vna gloria, que

no le faltará por todos los siglos; esta vna grande alabanga, que quedará en herencia à toda su Posteridad. Este serà vn perpetuo ornamento, y honor de V. Alteza, y los suyos; que relucirá à la casi borrada memoria de todos aquellos Principes, y Reyes, que en las edades passadas hizieron frente en la Campaña à los Enemigos Infieles; y esto, lo que de tal fuerte agradarà, y complacerà à Dios, que ningun otro obsequio se le podrá hazer, por aora, mas grato, ni mas accepto. La singular aficion, que me apasiona àzia V. Alteza, me ha impellido à escribirle con mano suelta, y aprefurada, alguna cosa, que en estos infelizes tiempos pueda conducir à la salud de su Alma; à la gloria, y alabanga de su nombre; y à la memoria de toda la Posteridad. Por lo qual dignese V. Alteza de recibir los muy leales consejos de este pequeño, y fidelissimo Siervo suyo, dando de mano, como debe, à todos los temores en confianza de la Divina Clemencia. Viva felizmente V. Alteza, &c. Este mismo ardor respiran otras Cartas, que escribió el Santo en el mismo assumpto à otros Potentados de la Europa, como se verá en el Capitulo siguiente.

CAPITULO XLVII.

INSTA CAPISTRANO CON invencible zelo en la Liga de los Principes Christianos contra los Turcos: Y escribió

rebotó, vé, à Enrico VI. Rey de

UNA de las cosas acordadas en la Dieta de Francordia fuè, que el Siervo de Dios afervorizasse los corazones de los Fieles por medio de sus Sermones, persuadiendoles à cooperar cada vno segun su posibilidad à la defensa de la Fè Catholica en la guerra meditada contra los enemi-

gos

gos de ella. Corrió la voz de esta determination por todas las Regiones de la Europa; y casi todas con este pretexto solicitaban al Siervo de Dios para que fuesse à visitarlos. De tal fuerte crecieron en todos los Reyes, y Principes Christianos las llamas de este deseo, que ni todas las aguas del Oceano pudieron estorvar al Rey de Inglaterra Henrico VI. no se sintiesse abrasar en ellas; y con el anhelo de ver à vn hombre, de quien la fama publicaba tan grandes maravillas, le pidió por medio del Marqués de Baden fuesse à predicar à su Reyno; alegando para mas obligarle, vna molesta enfermedad, de que esperaba verse libre, y convalécido, por la virtud, y eficacia de su bendicion.

Al mismo tiempo le llamaban à Borgoña, à Saboya, y à Marfovia los Duques de estos Dominios: à Hungria los Nobles, y los Palatinos; à Vratislavia, los Ciudadanos, y Magistrados; y nuevamente à Cracovia, el Obispo Cardinal Esbigneo. Valiase el Siervo de Dios de estas ocasiones, para persuadir à todos el intento, que traia entre manos, de la vnion, y liga general de las Armas Catholicas, à fin de debelar al Turco: y con sagacidad tan Christiana, como Politica, introducia su pretension à buelta de su respuesta. Vése esto, como en espejo clarissimo (y puede serlo de Reyes) en la Carta que escribió al de Inglaterra; y es como se sigue.

CARTA DE SAN IVAN DE Capistrano al Rey de Inglaterra.

Vvading.
ad. ann.
1454. n.
21.

Serenissimo Rey, y muy Soberano Señor: Quan ansiosamente solicita V. Serena Magestad tener consigo mi contentible persona, me ha significado estos dias con tan dulces, como graves palabras, su Illustrissimo consanguingo el Señor Marqués de

Baden. Y cierto, cierto, que para dár cumplimiento à tan piadoso mandato, no huviera sido mas prompta V. Real Magestad en insinuarle, que mi rendimiento en cumplirle, à no impedirlo del todo el estrago, que contra los Christianos està amenazando este perversissimo Emperador de los Turcos, y la comun defensa de nuestra Eè Catholica. Acabada, pues; y concluida la presente Dieta, en que me hallo, se ha de dirigir necessariamente mi viage (porque me compele la fuerza del espíritu) al Invictissimo Cesar; y desde allí à los Hungaros; ò para excitar à los tibios, ya que no configa otra cosa; ò para mas avivar por medio de mis Sermones el zelo de los fervorosos contra este enemigo de la Cruz. Añadese à esto, tener empeñada mi palabra à los mismos Hungaros, despues de repetidas Instancias, de que irè alla puntual en concluyendo la presente Dieta. Y así por aora perdone V. Magestad su humilde, y pequeño Siervo, el no poder dár cumplimiento à sus ardientes ansias que ya querrà el Altissimo goze en otro tiempo V. Magestad mi pequenez muy à satisfaccion de su voluntad, y gusto, y que yo inutil Siervo suyo con rendido obsequio le pueda obedecer.

Fuera de esto, me han hecho relacion de la enfermedad, que V. Magestad padece: y si en este punto llegasse yo à dezir, me alegraba mucho de ella, sin duda V. Magestad lo extrañaria. Mas por ventura serà razon nos contristemos por las disposiciones de la Divina mano? De ninguna manera: Bendicirè al Señor en todo tiempo, dezia el Profeta Santo: si sano, si enfermo, si rico, si pobre: en todo tiempo constantemente bendicirè al Señor, y por ningun instante se caerà de mi boca su alabanga. No corrige el Padre con el azote al hijo; que no

ama:

ama: antes reprehende, y enmienda con el castigo à aquel, en quien tiene puesto el amor, segun lo de la Escritura: *A quien Dios ama, muchas vezes corrige, y castiga.* Por ventura no fueron afligidos el Justo Job, y el Santo Tobias, vno con lepra, y otro con la pérdida de los ojos? Y con todo esto no parece pecaron tan gravemente; que debiesse ser castigados con tales penas. Pero porque se alegraron en su tribulacion, y la sufrieron de la mano del Señor, sin murmuracion, ni queixa, recuperaron aun en esta vida la sanidad, que perdieron; y se hizieron dignos de que el Señor milagrosamente se la concediesse. Acafo quiso Dios experimentar la virtud, y paciencia de V. Magestad; que siempre hiera à sus escogidos, para sanarlos; que siempre con llaga nueva cura la envejecida y no pocas vezes, para limpiar de la herida la podre, y materias corruptas, quema, y mortifica la carne con duros cauterios. *Ten, pues, paciencia* (dize el Señor) *y te volveré todas las cosas.* Por lo qual si V. Magestad abrazasse este consejo Divino; conviene à saber, la tolerancia de su trabajo en verdadera resignacion; no dudo conseguirà del Señor la perfecta mejoría, que con tanto conato desea.

A ruegos del Señor Marqués remito à V. Magestad la pequeña porcion de las Santas Reliquias de San Bernardino, que tengo en mi poder; y si las recibiere V. Magestad con vn grandísimo fervor de devocion, y Fè; podrán restituirla por la misericordia Divina à la deseada sanidad: pero si faltasse la Fè, tambien encogerà la mano la Divina misericordia. V. Magestad, en fin, tenga Fè, si desea sanar de su mal: y quando digo Fè, la entiendo con obras; porque sin ellas està muerta, como lo dize el Apostol. Segun esto, el que tiene Fè, ama à

Dios sobre todas las cosas, guarda sus Mandamientos; prohibe los juegos, y los tableros, los naypes, y los dados, mandando se arrojen à las llamas estas, y otras cosas semejantes; indignas de tomarse en boca. Demas de esto, el Rey, que tiene Fè, expela à los Judios, veda las vsuras, deslierra las malas costumbres, introduce las buenas; estima à los hombres de conciencia; aborrece, y castiga à los delinquentes; edifica Templos, frecuenta las confesiones, assiste à las Misas, reverencia la Religion, haze limosnas, favorece à los pobres, ama la justicia, y detesta los vicios. Aconsejo, pues, à V. Real Magestad la execucion de todas estas cosas, para conseguir la Fè viva para alejar la falidez para estender el honor de Christo; y aun para lograr la buena fama del mundo. O quanto me alegraria de hallarme en su Real presencial: mas el atender à la defenfa de nuestra Santa Fè, que me precisa à partirme sin dilacion à la Hungria, facilmente me excusará para con V. Real Magestad.

Esto no obstante, ó Serenísimo Rey, yo os ruego, y rendidamente os suplico por la verdadera sangre de N. S. Jesu Christo, que en este infeliz temporal (en que tantos quebrantos padece del impijísimo enemigo de Christo la Fè Catholica; en que tanta sangre de Christianos se derrama; y tememos, que en adelante aun sea mayor el estrago; y en que facilmente conseguirà sobervio triunfo de todos nosotros, si no se ocurre con oportuno remedio) tenga V. Magestad à bien el vnir la fuerza potentísima de su brazo con los de todos los demás Principes, à quienes ya vemos excitados para esta empresa. Sepa, que muchos de ellos han prometido salir à la Campaña, no solo con todo el poder de sus armas, sino tambien con la asistancia de sus personas. Para esta

ex.

expedición tiene V. Magestad excelentísimos Principes, belicosísimos Soldados, robustísimas Gentes, numerosísimos Paeblos, riquísimos Tesoros: tanto, que si V. Magestad haze suyo el empeño, basta solo con el auxilio de Dios, para tener à raya, y echar por tierra al ferocísimo Mahomet. Emprehended, pues, ó Rey potentísimo, con animo varonil esta necesaria expedición. Ostente V. Magestad al mundo con el testimonio de sus obras, todas sus virtudes; la fineza de su Religion, el zelo de su Fè, y el amor de nuestro Dios: de tal suerte, que conozca, y entienda el Orbe todo, ser V. Magestad Rey Christianísimo, y que para la defenfa, y proteccion de la Fè Catholica, ni perdonò à su cuerpo, ni à su vida, ni à sus caducas riquezas. Viva V. Magestad en todas felicidades: En veinte y quatro de Octubre de mil quatrocientos y cincuenta y quatro.

A este modo infundia el Santo, por medio de sus Cartas, y Sermones, en los pechos de los Principes las abrasadoras llamas, que le comian el coracon, y le traian en continuo movimiento; embebido en el intento generoso de acabar de vna vez con todos los enemigos de Christo.

CAPITULO XLVIII.

ASSISTE S. JUAN DE CAPISTRANO à la Dieta de Ciudad Nueva: Efectuase à persuasiones, suyas la Liga entre los Principes Christianos: T. despues de revelarle Dios la muerte de Nicolao V. pide la bendición al Sucesor Calixto III. para passar à Hungria.

YA llegó el tiempo tan deseado del Siervo de Dios de congregarse la tercera Dieta general de los Principes de la Europa en Ciudad Nueva, no lexos de Viena de Austria,

Parte V.

en la qual Dieta avia de asistir el Emperador, y los Obispos de Sena, y de Papia, Legados del Pontífice, para tomar la última resolucion en la consideracion de las Armas Catholicas contra los enemigos de la Santa Fè. En este Congreso pudieron tanto las continuadas; y fervorosas exortaciones del Santo para con aquellos Principes, que estando muy discordes, y perdidas en todos las esperanças de algun efecto favorable (como se lo dize Eneas Sylvio al Siervo de Dios en vna elegantísima Carta) se concluyó à medida de los deseos de vnos, y otros; de suerte, que quedó determinada con voto unanime la Liga.

Pocos dias antes, estando Capistrano confiriendo con el Señor Obispo de Papia; se arrebatò en extasis con perdimiento de los sentidos, y recogimiento de las potencias, à lo interior del Alma: Revelóle el Señor en este exceso mental la muerte del Summo Pontífice Nicolao V. y al bolver del raptò, prorrumpió en estas palabras: *Hagamos Oracion à Dios por Nuestro Santísimo Padre Nicolao, que en este instante acaba de hazer su tránsito à la Eternidad.* Estrañò el Obispo la noticia, porque no se avia oido, ni aun leve rumor de la enfermedad del Pontífice; y huviera despreciado el aviso, à no tener tan repetidas experiencias del espíritu elevadísimo de Capistrano. Pero muy en breve se desvaneciò la suspencion de su juicio; porque à pocos dias se supo con toda certeza por las cartas de Roma, que la muerte del Papa avia sucedido en el mismo dia, hora, è instante, en que el Siervo de Dios la publicó. Al recibir el Ilustrísimo Legado el primer aviso de esta fatalidad, exclamò diciendo: *Ahora se verdaderamente, que Fray Juan de Capistrano tiene el Espíritu de Dios.*

L

Fue

Tienhoit, ut
vnde memet
Principis, tor-
pens Regis;
laqueus Po-
puli: Nativitas
la Pistoriis;
grandioribus
Elisa pro cel-
lis, in medio
maris, pend
domerit ur.
Flant hinc, ar-
que illinc, co-
trarii venit
scinditur vo-
las, frangitur
malis, carina
desiit, valla
romigibus cu-
ras, neque Ma-
stro spes fa-
latis esse vi-
deat. Omnes
quasi atomis
temporali ca-
dimus. Opus
erigitur ser-
mone tuo, cal-
vari tuo, igne
tuo: excitan-
di, virgendi an-
cendendi sum-
mus. Eneas
Sylvio Epist.
ad Capistran.
apud, Vvadi-
ad an. 1455
n. 5.

Fue importantissimo en aquellas circunstancias el sucesso de la revelacion; porque con la muerte del Summo Pontifice cayeron de animo sus Legados; y como eran ellos, los que con mas ardor promovian la guerra, y alianza de los Principes Catholicos; viendolos agora desmayados, se entibaron sobremanera los demas en el fervor de las antecedentes resoluciones. Pero el Santo, con la firmeza de su Fè, infundió nuevo aliento en los coraçones de todos, fixandoles en la esperança, de que la Providencia Divina no dilataria mucho tiempo el consuelo de su Iglesia, concediendola nuevo Pontifice; que como Padre enjugasse las lagrimas de su horfandad, y como Capitan de los Exercitos del Señor defendièsse, y zelasse los candores de su Fè.

Desempeñò el sucesso las palabras; porque convenidos los Cardenales eligieron en Summo Pontifice dentro de pocos dias à Alphonso de Borja, de Nacion Español, y Presbytero Cardenal del titulo de los quatro Santos Coronados. En su Coronacion dexò el nombre de Alphonso por el de Calixto, y fuè tercero de este nombre. Encendiòle Dios N. S. el coraçon en el zelo de proseguir, y adelantar la empresa contra los enemigos de la Fè Catholica tan à medida de la necesidad, que apenas se sentò en la Silla, quando vibrò su espada, haciendo voto solemne de oponerse con todas sus fuerzas à las invasiones del Turco; derramando en tan gloriosa demanda, si necessario fuesse, toda la sangre de sus venas. En cumplimiento de este voto, y calificacion de su resolucion Christiana; luego como se desembarzò de las precisas funciones de su Coronacion, destinò Legados de sus primero Cardenales à Francia, Hungria, y Re-

giones del Oriente, para dar calor à la guerra intentada. Repartiò tambien por toda Europa zelosos Predicadores, que con sus Sermones excitasen los animos de los Fieles à contribuir con limosnas para la expedicion del Exercito Catholico. Despues se convirtió todo à disponer aprestos Militares para la Mar, fabricando, y armando Galeras en las vandas, ò riberas del Tiber; cosa inaudita en Roma, hasta la ocasion presente; pero que no fabricarà à fin de conseguir sus intentos el arte de vna valiente, y Christiana resolucion?

Estendido por la Christianidad el ardimiento del nuevo Pontifice, se persuadieron los Principes Hungaros aver llegado yà el tiempo oportuno, para que se encaminasse à aquellas Regiones Capistrano; y de comun acuerdo le llamaron con vrgentísimas instancias, significandole en vna Carta la importancia de su predicacion en aquel Reyno para la prosecucion de la guerra. Los Principes, que le escribieron, fueron estos: Ladislao, Rey de Hungria, y de Bohemia; Juan Cervino de Huniades, Conde de Bilrich, y General de las Armas Catholicas; Georgio, Despoto, y primer Potentado de la Rascia; Ladislao de Gara, Palatino de Hungria; Nicolas de Bilach, Conde de Ortemberg, y Presidente de Michovia; Dionisio, Cardenal, y Arzobispo de Estrigonia; y otros tres Obispos. Pero como el coraçon del Siervo de Dios (pensado en esta ocasion para rebatir con la firmeza de su humildad el sonido de tanta voz) no sabia moverse, sino con aquel aliento, que le infundia la voluntad de la Silla Apostolica; determinò no resolver su viage, hasta consultarla en este punto, y saber su beneplacito.

Con

Con esta ocasion escribió al Summo Pontifice vna dilatada Carta, tan llena de piedad, y humildad Christiana, como de zelo de la mayor gloria de Dios, y de la Religion Catholica. En ella se congratula de la felicidad de la Iglesia con el logro de tal Pastor en tiempo tan oportuno; y haciendò parente al Papa el peligro, que tan de cerca amenazaba à su Rebaño; le ruega, le insta, le afervoriza; y le estimula; para que haga frente al enemigo, sin dar lugar à dilaciones perjudiciales. Despues concluye, pidiendole su Paternal bendicion, para passar à la Hungria, si lo tuviese por conveniente; y encomienda al abrigo de su benignidad, y poder la nueva Familia de la Observancia; que como Espiritu Chetubico del Carro Triunfal de Dios, todo era ojos, para atender à todo. Recibió el Summo Pontifice la Carta con Indecible agrado, por la grande experiencia, que tenia de la virtud de el Santo; y le respondió; embiandole en sus Letras Apostolicas, no solo bendicion, sino mandato, para passar à los Hungaros; derramandose al mismo tiempo con afectuosa elegancia en elogios de sus virtudes. Todo lo podrá ver el curioso, en el Tomo Sexto de nuestros Annales al año de mil quatrocientos y cinquenta y cinco.

Capit. VI. O. XLIX. in e. SALE SAN JUAN DE, CAPISTRANO de la Austria par à la Hungria con expresa, y maravillosa vocacion de Dios; adelantando notablemente la expedicion de la guerra Santa; y repetidas sus Letras à Calixto III. le confirma en Inquisidor General, y Comissario Apostolico.

EN el interin, que ocupado Capistrano en su predicacion, y negocios publicos del Imperio, hazia Parte V.

tiempo, para saber la resolucion del Pontifice en respuesta de su Carta; repetieron instancias los Principes de la Hungria, significandole cò apretada vrgencia el peligro, que de su detencion podia seguirse à la Iglesia, y à la causa común de la Fè. Hallabale congoxado el Santo; porque por vna parte no quisiera; que su irresolucion abriera puerta al peligro significado; y por otra, sentia sobremanera; que en materia tan ardua no fuesse arbitro de su determinacion la voluntad de la Silla Apostolica. Zozobrado con esta pena, vna noche despues de los Martines se recogió à la Oracion; dondè derramando su coraçon en la presencia del Señor; rogaba con humildad, se dignasse de inspirarle su Divino beneplacito, pues que no le era oculto; ser todo su deseo el ajustàr à su recibisimo querer; aun sus mas leves operaciones. Oyòle el Señor propicio, y no dilató la respuesta; porque celebrandò aquel mismo dia el tremèndò Sacrificio de la Misa; fuè hecha vna voz del Cielo; que sensiblemente, y con dulcissima suavidad entonaba estas palabras: *A la Hungria; à la Hungria.* Llenòse el Santo de aquel jubilo, que suelen causar en lo superior del espíritu las voces de la virtud de Dios; y como tan experimentado en semejantes favores, no le quedó duda alguna; de que la voluntad Divina le destinaba à la Hungria. Confirmòse mas en este juicio, quando predicando el mismo dia percibió en la vaga Region del ayre vna dulce musica de bien ordenadas voces, que alter nabàn à compàs aquellas mismas palabras, que oyò celebrando el Sacrificio.

Desvanecida por este medio la duda; que le servia de remora, para dexar à Alemania; y certificado del beneplacito Divino, para passar à Hungria; se puso en camino con actividades, y ligereza de rayos con-

que à breves dias se halló en los terminos de los Hungaros. Discurrió por ellos ganando muchas Almas para Dios con sus fervientes Sermones; y muchos creditos à su virtud, y doctrina con los frequentes milagros, fannando de todas dolencias à quantos con Fè recibian su bendición, ò tocaban sus vestiduras. Considerando, empero, que para lograr mas facilmente la extirpacion de algunos errores, de que estaban infectos aquellos Países, era medio muy conducente, que el Pontífice le confirmasse la autoridad de Inquisidor General, y Comissario Apostolico, en que le avian constituido los Predecesores Martino V. Eugenio IV. y Nicolao V. le escribió la siguiente Carta, en que se dexa ver vna imagen viva de la perfecta abnegación, y desnudez de espíritu. Dize así, despues de la prefacion: Nada juzgo, Beatissimo Padre, restarme que desear en la tierra, sino el saber, què sea lo mas accepto en los ojos de Vuestra Excelentissima Santidad? Esto es à lo que con todas mis fuerças anhela mi coraçon. Hablo así, Beatissimo Padre, porque corren ya cumplidos casi quarenta años, que perseverando (bien que con poco fruto, y quietud) Dios no sea con sobrada negligencia) en la Sagrada Religión de los Menores; la Sacrosanta Romana Iglesia, aviendo hecho de mis talentos, no aquella confianza, que merecian ellos, sino la que juzgò su benignissima piedad: me empleò en algunas Comisiones, y Cargos, que desde la loable eleccion del Papa Martino V. de feliz memoria, se han ido continuando successivamente por los Predecesores de vuestra piadosissima Santidad, Eugenio, y Nicolao de tanta recordacion. Esto puedo hazer patente, y demostrarlo por repetidas, y multi-

PLICADAS Letras Apostolicas autenticas, y eficaces, con Bula plomada; y por otros Breves Apostolicos, desde aquel año primero de Martino V. hasta oy: de modo, que todo el numero de Breves, y Bulas, es poco menos de sesenta. Pero aora ofrezco, y pongo debaxo de los pies de V. Santidad, mi vida, mi Alma, mi cuerpo; las referidas Bulas, y Breves, y quantos mi pequèz fuere capáz de tener, y los libros, y qualquiera otras cosas de mi vos; concedidas, ya por la Silla Apostolica, ya por la autoridad de mi Orden; y en fin, cada vna de mis cosas, así vniversal, como particularmente, para que de mi vida, y de todo lo demàs disponga, y determine V. Santidad à la medida, gusto, y beneplacito de su voluntad. Y si por ventura quisiera V. Santidad condername à carcel perpetua, yo tendria, y estimaria esto como vn don singularissimo de N. S. Jesu Christo. Y protesto, procurare cumplir prontissima, y fidelissimamente todas las palabras de V. Santidad, aun las mas minimas, como si con mis propios oidos las oyera de la boca de Christo Jesus, hasta derramar la sangre de mis venas, y dar el vltimo aliento de mi vida en esta demanda.

Por esta causa destino à besar las plantas de vuestros santos pies à mi carissimo Compañero, y Hermano Fray Federico de Toro de Prusia, que me ha servido de Interpretre fidelissimo de la lengua Alemana por espacio de tres años: el qual explicará à V. Santidad fielmente, y por extenso mi mente, y la prontitud de mi espíritu. Dignese V. Santidad de darle entero credito, y recibirle encomendado, como à mi misma Alma, con algunas copias de las Letras Apostolicas, que me parecieron mas vriles, y necessarias, para promover el culto,

ho-

honor, y gloria de Dios; y para procurar mas facilmente la salud de las Almas de los Fieles, redimidas con la Sangre de Christo: para que V. Santidad tenga à bien el suspender, ò confirmar dichas Letras, segun la luz encendida del Espíritu Santo. Este Espíritu dirija, gobierne, y guie todas las acciones, movimientos, actos, y operaciones de Vuestra Benignissima Santidad al beneplacito de la Magestad Divina, hasta aquel perfecto dia, en que se digne introducir al Pastor, y à su Rebaño en la plenitud de la Gloria sempiterna, &c.

No saben explicar se con menos estruendo de voces los afectos de vn corazon todo llamas. En respuesta de esta Carta le confirmó Calixto todas las gracias, favores, y privilegios, y la plenitud de potestad, con que se hallaba, en virtud de las Bulas, y Breves de Martino V. Eugenio IV. y Nicolao V. Sobre esto añadió otras gracias, y favores, para el mayor esplendor de la Familia Observante; y mas facil, y oportuno regimen de ella, segun, y como el Santo por otras Letras lo avia significado. Tal era el concepto, que tenía formado Calixto de sus virtudes heroyeas.

CAPITULO LVII
ACCEPTACION GRANDE, QUE
tuvo el Siervo de Dios entre los Principes de la Hungria.

Favorecido Capistrano de la benignidad de la Silla Apostolica, y sembrando por todas partes doctrinas, exemplos, y maravillas, llegó à la noble Fortaleza de Belgrado, à quien otros llaman *Alva-Real*, otros *Alva-Greca*. Aquí le estaban esperando con ardientes ansias el Rey, y todos los Principes de la Corte. Recibe

bieronle con tales demostraciones de veneracion, y alegría, que pudieron, sino exceder, igualar à las de Cracovia; y eran correspondientes à la fe, con que creian averles embiado el Cielo en el Siervo de Dios el remedio de tantos males amenazados.

Luego que llegó, se hizo dueño de las voluntades con aquel, como natural predomnio, que tenia sobre los coraçones de quantos experimentaban sus virtudes. A pocos dias se tomaron por los efectos los influxos de este predomnio; y porquè de tal fuerça alentò los desmayados animos de los Hungaros, y de todos los Principes del Congresto, que negociò con el Excelentissimo Señor Capitan General, Juan Corvino de Huniades se ofreciese à poner en Campaña à expensas propias diez mil Cavallos; y à cuenta del Rey de Hungria Ladislao, veinte mil. En consecuencia de esto, persuadiò tambien el Siervo de Dios al Despoto de la Rascia (aunque entonces se hallaba desterrado de sus Dominios, y ageno de la Fè Catholica) contribuyesse por su parte con vn Cuerpo de diez mil Peones.

Gozoso el Santo con el fervor encendido en los animos de estos Principes à esfuerzos de su zelo, tuvo por conveniente escribir al Pontífice, como lo hizo, dandole individual noticia de todo, para que al exemplar de los Hungaros se alentasen à tan Catholica empresa los demàs Potentados de la Europa. Para esforçar cõ eficacia este intento, persuadiò tambien à todos los que asistieron à la Junta de Belgrado (y eran diez y seis) que en nombre del Reyno escribiesen al Pontífice, contestando con las firmas de todos sus resoluciones, y pidiendo, que cooperasse à ellas por todos los modos posibles. Así lo executaron, y à bueltas del principal assumpto se derramaron en las alabanzas del San-

L 3

to

Parte V.

to, y de su Serafica Familia; con palabras tales, que creo se diera por ofendida la devocion, si con el pretexto de escufar molestia no las escriviera aqui.

„Tenemos (dicen) entre las antigüas de nuestra esperanza, quien muy à medida de la necesidad nos conforta. Este es el V. Fray Juan de Capistrano, que aviendo discurrido por muchas Provincias de Alemania, passò à Polonia, desde donde bolvió segunda vez à la Austria por Moravia, y la Silesia, finalmente vió no à parar à estas tierras; dexandose ver en todas claro en el zelo de la Fè; claro en la luz de la doctrina, y clarissimo entre nosotros por sus muy necesarias exortaciones, segun el estado de las vrgencias presentes. Con los Sermones de este Varon nos recreamos; con su devocion nos regalamos, y fortalecemos; y en fin, con el merito de su virtud haze que cada dia nos estrechemos mas, y mas en el afecto, con que siempre hemos amado à toda la Familia de su Religion. El es vil à nuestro estado, oportuno à nuestra esperanza, y para el manejo de los negocios, que tenemos entre las manos, summamente necesario. A este, pues, que por sus prendas es digno de todo el favor de V. Santidad, nosotros con nuestro especial testimonio le estimamos, y declarámos dignissimo; y en el, y con el encomendamos al abrigo, y patrocinio de V. Beatitud toda su Familia, en quanto pueda conducir à su mayor esplendor, y aumento. No se puede dudar, que dicen estas Letras en gloria de nuestro Santo grandes cosas; pero estàn tan lexos de exceder en ponderacion, que aun les falta todavia mucho, para llenar el ambito de su merecimiento. Seràn irrefragable prueba de este asump-

to las heroycas hazañas; que restan escrivir en los Capítulos siguientes.

CAPITULO LI.

PREDICA EL SANTO EN LA Hungría, y Provincias confluantes, promoviendo en todas la Guerra Santa; Reduce, y baptiza onze mil Cismaticos; Convierte pecadores; reforma el Clero; obra prodigios; desfiende à la Iglesia, y à la Obsequiosa con ardiente zelo, y glorioso triunfo.

Como el Sol, Agente universal, y Padre comun de los Vivientes, sin atar la eficacia de su virtud à esta, ni à la otra causa particular, coopera aun tiempo, y con igual perfeccion, con todas las que en la produccion de los efectos dependen de sus influjos: así San Juan de Capistrano, nueva causa universal, y Astro de igual actividad, y resplendor en el Cielo de la Iglesia Militante, no ceñia el activo calor de su zelo al manejo de un empeño solo, sino que igualmente se extendia à tantos, quantos fueron, los que en los vltimos dias de su vida acabò con tanta admiracion del Orbe Christiano, como gloria del Nombre de N. S. Jesu Christo. Segun la cuenta de sus años, que ya llenaban el numero de setenta, sabia le faltaba poco tiempo: y como por esta causa se dà prisa en sus conatos el Principe de las tinieblas, maquinando nuevas, y mayores inectivas contra las Almas: así por el opuesto, Capistrano como Hijo de la luz, multiplicaba obras de luz: explicandose en su humildad mucho mas activas, y poderosas las eficacias de la gracia, que en la arrogancia de Luzifer los esfuerzos de su malicia. Concluido, pues, à satisfaccion del Siervo de Dios el Congreso de Belgrado, y en el interin, que se pre-

venian las municiones de guerra, y boca, para la proxima Campaña, fallò con acuerdo de los Principes de la Junta à correr todas las principales Ciudades de la Hungría, y las confluantes Provincias, Transilvania, Moldavia, Valaquia, y Ralscia; con el designio de facilitar en todas las mas promptas, y copiosas Levas de gente por medio de su predicacion fervorosa.

No era este embarazo à las multiplicadas, y gravissimas Cartas, que por este tiempo escriviò à varios Principes Eclesiasticos, y Seculares, alumbrando à todos en sus dudas, y consolándolos en las aflicciones, que solian comunicarle. Pero à quienes daba mas calor por medio de sus repetidas Letras, era à los Principes Aliados, cautelando no se introduxessen en sus resoluciones aquel genero de frialdades, que las dexa valdías, para llegar desde las promesas à la execucion. Fuera de esto escrivia frecuentemente al Pontifice, noticiandole muy por menor del estado de las cosas de la Hungría, à fin de que en la Italia se tomassen con mas solido fundamento las medidas para la expedicion de la Campaña.

Entre estos afanes de su zelo logró en el termino de tres meses la conversion de onze mil Cismaticos, que abjurando sus errores, y falsos Ritos, se incorporaron en el Rebaño de la Santa Romana Iglesia; segun consta del vniforme dicho de Escritores Extraños, y Domesticos. Facilitò mucho la reduccion de tan exorbitante numero de Hereges en tan escaso tiempo, la conversion de vn Juan de Capta Wladica, tenido por Maestro entre sus Sequaces. Con este tuvo el Santo particular disputa; y aviendole ganado en ella con las razones el entendimiento, rindiò con las blanduras del agrado la voluntad. Hirió tan de

lleno en este nombre el rayo de la verdad, que se hizo Compañero, y Coadjutor del Siervo de Dios en el empleo de la predicacion; por cuyo medio se allanò el camino, para que Capistrano introduxesse la Fè en las Almas de los demas Cismaticos. Vno de sus errores era el uso de la forma del Baurismo, con palabras essencialmente opuestas à las que instituyó N. S. Jesu Christo por verdadera forma de este Santo Sacramento: con que se hallò, ser nulo el Baurismo de todos los onze mil convertidos. Por esta causa, despues de bien cathequizado en los Mysterios de nuestra Santa Fè, por Ministros idoneos, los bautizó el Siervo de Dios por su mano, y la de sus Compañeros, con el jubilo, que se dexa discurrir à vista de tan abundante cosecha de frutos para la Iglesia, y de tan glorioso triunfo para la Religion Christiana.

No fueron menores, los que logró de los vicios, convirtiendo innumerables pecadores à la contricion de sus culpas. Persuadiò tambien à los Obispos el reforme del Clero, à que cooperò con ardimiento, igual al dolor de su coraçon, viendo en aquellas Provincias los Sacerdotes, hechos semejantes al Pueblo, y derramadas en las Plazas las Piedras del Santuario. Ayudaron mucho à los buenos efectos de los Sermones del Siervo de Dios en esta materia (fuera de la milagrosa salud, que daba à los enfermos, y de que ya por frequente, no se hazia mucha ponderacion) algunos especiales prodigios, que obrò el Señor por sus merecimientos.

Predicaba delante del Obispo à vn numerosissimo concurso en los Campos del Gran-Varadin; y de repente se cubrió el Cielo de negras, y pavorosas nubes, que amenazaban diluvios. Viendo el Santo al Auditorio poseido del temor, cortò el hilo de su discurso, y di-

lito se bolviessen à sus casas los que gustassen, para evitar el peligro de la amenazada tempestad. Pero vencido esta vez el temor con la devocion, ninguno de los oyentes quiso desamparar el puesto; pareciendoles (y les parecia bien) està mas assegurados en la sombra del Siervo de Dios, que dentro de los Edificios de la Ciudad. Dióse el Santo por obligado de la Fè de su Auditorio; y para hazerles el beneficio, sin que se atribuyesse à la eficacia de su oracion, mandò à todos le acompañasen en ella puestos de rodillas. Hizieronlo así; y lo mismo fuè levantar Capistrano las manos al Cielo, que rasgarse las negras cortinas, que ocultaban su hermosura: apareciendo tan despejado, y sereno, que no quedó señal en el ayre de la passada alteracion.

Del prodigio tomó ocasion el Siervo de Dios, para continuar su Sermon por espacio de dos horas, ponderando el poder, y grandezas de Dios, que con tanta facilidad enfrena las furias de los Elementos, quando conviene para su gloria. Iba ya concluyendo el discurso; y baxò cortando los ayres con presuroso buelo vna hermosa Auecilla, que acercandose al Santo, y aviendole celebrado con alegres gyros, y tornos, se le puso en las manos, tan sin recelar peligro, que antes parecia afectar regalo. Acariciòla algun tanto, y conociendo, que el Obispo deseaba verla de cerca, se la alargò, facendo por partido su libertad despues de averla visto à fatifaccion. Diò fin al Sermon, y la bendicion à los oyentes; los cuales quedaron con tales prodigios mucho mas confirmados en el concepto de sus virtudes de su Predicador, y convenidos al sequito de su doctrina.

Es muy semejante à este vltimo caso, el que le sucedió en esta misma Mision en otra Ciudad de Hungria,

Predicaba en campo abierto, y estandò en el fervor del discurso, se descubrieron en lo alto de la Region del ayre tres Aves de varios, y hermosos colores, jamàs vistas en aquel Pais. Mas que Aves parecieron Angeles; porque despues de aver gyrado con festivos, y concertados tornos al rededor de la cabeza del Santo, desaparecieron de repente, burlando los ojos, y los deseos de todo el Auditorio.

Bien pensaban (ò no pensaban bien) los enemigos de la Fè Catholica en Praga, y los Emulos de la Familia Observante en Roma; que la distancia de Capistrano, y las muchas, y graves empresas, en que andaba todo embebido, avia de permitir salvoo conducto à las cabilaciones de su astucia, para introducirse con el nuevo Pontífice Calixto, y volver à entablar sus pretensiones: los vnos con perjuicio de la autoridad Pontificia; y los otros con detrimento de la Observancia. Es verdad, que vnos, y otros disfrazaron tan diestramente lo siniestro de sus intentos, que los Emulos de los Observantes ganaron la voluntad del Papa, y casi le tuvieron ya resuelto à concederles quantos partidos le pedian con el pretexto de la paz publica de la Religion, como en otro lugar dirè mas de proposito. Los Hereges de Praga tambien le hizieron titubear, segun los hermosos coloridos de vnion, y concordia, con que vistieron la iniqua pretension de que se les confirmassen los pactos de Basilea, en que tenian librado todo el apoyo de sus errores. Pero Dios N.S. que avia puesto à Capistrano por Centinela fiel de su Iglesia, y por Muro inexpugnable de la Observancia; dispuso, que se le diese aviso de todos; para que ni los Emulos de esta lograsen contra ella sus tiros; ni los enemigos de aquella llegassen à apor-

llar.

llarla con las maquinas de sus astucias. Noticiado, pues, el Siervo de Dios de los injustos atrevidos vnos, y otros, escribió Cartas à Calixto III. en que derramò toda la asuancia de su erudicion, y las actividades de su fogoso espíritu. Dabale à entender en vnas Cartas la sinrazon de los Conventuales: haziale patente en otras la impia cabilacion de los Cismaticos; y con vnas, y otras condegnò del Papa, que à estos los confundiesse, descubriendoles la iniquidad de su pretension dolosa; y à aquellos los desengañasse, poniendoles à los ojos la luz de la razon; de la verdad, y de la justicia. Quedaron en fin, todos los que se oponian à la Iglesia, y à nuestra Serafica Familia, persuadidos, à que Capistrano, para la defensa de ambas cõplaba vivamente rayos; eficacias al Sol; cuyas nobles operaciones, ni se embarazan con la multitud, ni flaquean con la distancia.

CAPITULO LII.

ES ELECTO SAN JUAN DE Capistrano en Comissario General de la Santa Cruzada, recibiendo la solemnemente de mano del Legado Cardenal: predica por toda Hungria con maravilloso efecto.

Entre las varias proposiciones; que por medio de sus Cartas hizo Capistrano al Pontífice; para la mas oportuna expedicion de la guerra, fuè vna, que embiasse à la Hungria vn Legado Cardenal, diestro en el manejo de negocios Politicos, y Militares, à cuyo cargo estuviessse el mando de las Armas de la Iglesia, aunque siempre subalterno al Capitan General Huniades en las resoluciones de la Milicia. Pareció bien al Papa la representacion; y arregandose à ella, despachò à la Hungria por Legado,

con plenitud de potestad; y por Cabo de sus Armas à Juan Caravajal, natural de España; y Cardenal Diacono del titulo de Sant Angelo, cuyo nombre diò mucho assumpcion à la fama, y todo el lleno à la expectacion comun. Vna de las Instrucciones, que llevó del Pontífice; para el mas acertado exito de su Conducta; fuè; no tomar determinacion en materia alguna, sin consultar primero à Capistrano; à cuyo zelo, prudencia, virtud, y sabiduria, estaban vinculados los aciertos; segun que lo avian demostrado repetidas experiencias. Para precifcar el Papa con eficacia al cumplimiento de esta Instruccion; mandò al Cardenal apretadamente; tuviesse por Acompañado, y Confessorio à Capistrano en todo lo tocante à su Legacia. Despues bendixò el mismo Pontífice vna Cruz roja, formada de grana; para que el Legado por sus manos se la fixasse al Santo; sobre el ombro derecho, creandole con toda solemnidad Comissario General; y Predicador de la Santa Cruzada en todos los Dominios del Orbe Christiano. Con estas prevenciones salió de la Italia el Cardenal, y caminando à largas jornadas, parò en Buda; Capital de la Hungria; y entõnes Plaza general de las Armas Catholicas. Luego que llegó; diò aviso del orden de su Santidad à Capistrano (que à la sazõ se hallaba en la Transilvania en prosecucion de la conversion de los Cismaticos); y le mandò venir, para darle la posesion del nuevo cargo. Obedeció puntualmente el Santo; y dexando à Dios por Dios; algõmano del empleo Apostolico, en que estava tan vilmente ocupado; y se encaminò à Buda; para cumplir la voluntad Divina, que nuevamente se le inspiraba por medio del Legado Apostolico. Entrò el Siervo de Dios en aquella celebre Plaza por los principios del mes

mes de Febrero del año de mil quatrocientos y cincuenta y seis.

Vouading
ad ann.
1456. n.
15.

Aquí, despues de graves conferencias, determinò el Legado, se executasse la solemnidad, y entrega de la Cruz, que traia con la bendicion del Pontifice, para crear al Siervo de Dios Comissario General de la Santa Cruzada. Así se hizo; y el Santo puesto de rodillas recibió la Santa Cruz de mano del Cardenal, que se le fixò sobre el ombro. La devocion con que el Siervo de Dios se portò en este acto, sacò lagrimas de ternura al Rey, y Príncipes de la Hungria; que todos le honraron con su asistencia. Viendose ya el Santo señalado, como otro Angel del Apocalypsi con la señal de Dios vivo, se diò por obligado à señalar con la misma Divisa à los Fieles Siervos de Jesu Christo Redemptor nuestro; para q̄ el Barbaro enemigo de la Fè no les dañasse, entrando, como lo avia jurado, por las puertas de la Iglesia con vltirage del Christianismo. Y como el generoso Elefante, en quien el roxo color de la sangre vertida enciende todo el ardor de su colera: así Capistrano enardecido en vivas llamas de zelo con el recuerdo de la sangre derramada del Redemptor, à que le excitaba continuamente el color carmesi de la Cruz, que traia sobre el ombro: salió à predicar la Santa Cruzada por todas las Regiones de la Hungria. Cogió tan à manos llenas el fruto de sus fervores, que en poco mas de quatro meses alistò por sí, y sus Compañeros sefenta mil Soldados. A todos les diò por Divisa la señal de la Santa Cruz, en la misma forma, que él la traia; y dispuso, que se llamasen *Cruzados*, à distincion de los que no lo eran,

Para que recibiesen con mas veneracion la Santa Cruzada, se la daba revestido con los Ornamentos Sacerdotales. Alentabalos con sus conti-

nuos, y fervorosos Sermones; à sacriticar alegre, y esforçadamente la vida, y à derramar (si necesario fuere) la sangre de sus venas en las aras de la Fè; estando ciertos, que por este medio conseguirian la inestimable Corona del Martyrio. No solo hazia esto, sino que, como pudiera el mas diestro Capitan, dividia, y ordenaba los Cruzados en Regimientos, y Compañias, señalando respectivamente Cabos Superiores, y Subalternos, instruyendo à todos en las puntuales observancias de las Leyes de la Milicia. En fin, no perdonò su zelo trabajo, ni molestia alguna, de quantas juzgò conducir al mejor, y mas prompto expediente de la Guerra Santa. Es irrefragable testimonio de esta verdad vn Breve, que le escribió el Pontifice por este tiempo; y dize así:

A nuestro amado Hijo Fray Juan de Capistrano, Inquisidor de la Heretica pravedad, salud, y Apostolica bendicion. Amado Hijo en el Señor: Por continuados informes de nuestro amado Hijo en el Señor Juan Cardenal, Diacono del título de Sant-Angelo, y Legado de la Silla Apostolica, renemos bien entendido, quan empleados están todos los conatos de tu sollicitud, no solo en cooperar à los negocios de su Legacia, sino tambien en adelantár, y perficionar quanto juzgas conducente à la causa de la Fè. Y si bien estabamos persuadidos à lo mismo antes de aora, todavia es te nuevo fervor de tu zelo, de que al presente se nos informa, aumenta grandemente para contigo nuestra dileccion. Y aunque à ti, y à otro qualquier Christiano, debemos esta comun atencion; à tu devocion, emperro, damos especial gracias: y te exortamos, que así como has dado principio, te

Vouading
ad ann.
1456. n.
40.

esfuerces sin intermision, para conducir las cosas à su fin, trabajando varonilmente en esta causa de Dios: Y porque tenemos muy bien comprehendido, en quanto se deben estimar, para el buen exito de esta Guerra las fuerças de la Hungria; y en que manera se portan en semejantes empeños los Hungaros: por esso, Amado Hijo, procura con toda sollicitud, por medio de tus trabajos, y exortaciones, que no falte à la Christianidad este servicio de tanta accep-

tacion; que verdaderamente en los ojos de Dios ninguno otro te será, ni de mas merito, ni de mas gloria. Nosotros estamos totalmente aplicados à prevenir la Armada, que se pondrà en el Mar sin dilacion alguna, luego que esté aprestada, segun lo tenemos ordenado. Dada en Roma en San Pedro en el año del Señor de mil quatrocientos, y cincuenta y seis; y en el segundo de nuestro Pontificado.

o)(?)o

